



# OJOS LLENOS DE ALEGRÍA

Estar vivo con R. W. Emerson  
TONI MONTESINOS

*Ariel*

Toni Montesinos

# Ojos llenos de alegría

Estar vivo con R. W. Emerson

*Ariel*

Primera edición: mayo de 2023

© 2023, Toni Montesinos Gilbert

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3624-4

Depósito legal: B. 7.636-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque

sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este

libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía

creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar

o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la

web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico**  
y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## Sumario

### VERDAD Y AUTOCONFIANZA

El presente de Concord. . . . .	15
Excéntricos contra la esclavitud y en guerra . . . . .	28
Diarios como caja de ahorro. . . . .	41
Vida y obra optimistas . . . . .	47

### LA CONDUCTA DE LA ALEGRÍA

Independencia y felicidad moral . . . . .	59
El tiempo de la virtud . . . . .	85
La religión del espíritu . . . . .	119
Una vida en familia . . . . .	171

### SOCIEDAD Y AMISTAD

Convivir entre hombres e ideas . . . . .	197
A. B. Alcott, Fuller, Hawthorne, Thoreau . . . . .	248
Louisa May Alcott entre dos maestros . . . . .	266
Comunas imposibles en un país pragmático . . . . .	297

## TRASCENDENTALISMO

El alma afín de Whitman . . . . .	341
<i>Naturaleza</i> , un libro sobrenatural . . . . .	369
En el hogar y la escritura de Emerson . . . . .	413
Estar muerto y ser inmortal. . . . .	454
<i>Cronología de R. W. Emerson</i> . . . . .	475
<i>Agradecimientos trascendentes</i> . . . . .	525
<i>Notas</i> . . . . .	529
<i>Bibliografía</i> . . . . .	551
<i>Índice onomástico</i> . . . . .	563

# VERDAD Y AUTOCONFIANZA

## El presente de Concord

La poderosa imagen de dos árboles estirándose hacia el cielo y que, unidos solo por la raíz, van separando sus troncos gemelos hasta formar una uve gigantesca en cuya base alguien ha instalado románticamente un banco, preside la entrada de la Concord School of Philosophy. Una uve que, para quien busque inspirarse en aquellos escritores que se reunían en tal lugar para compartir ideas y que llegaron a revolucionar el pensamiento moral, literario, religioso y hasta sociopolítico de Estados Unidos —los llamados trascendentalistas—, únicamente puede ser la señal de la Verdad.

Estos árboles, a través del tiempo de sus anillos nos llevarían de viaje más de un siglo y medio atrás, a ese pueblito de Massachusetts donde, un buen día de 1845, Henry David Thoreau pidió prestada un hacha a un vecino y decidió construir una casa frente a una laguna próxima, en una tierra propiedad de Ralph Waldo Emerson. El objetivo del que escribirá tras la experiencia *Walden*: simplemente, vivir allí, para saber permanecer y mantenerse allí, para sentir allí lo que el destino le tenía reservado y, por supuesto, para escribir sobre ello: sobre su despertar y su anochecer en Walden Pond, su cotidianidad en el bosque a la hora de alimentarse, o navegar en canoa, o fabricar aquello que necesitara, o administrar sus recursos. Pero también, como resultado de ese enfrentamiento directo con los elementos y el mundo abierto y libre e infinito, sobre cómo alcanzar la verdad de la vida frente a la naturaleza, frente a los propios pensamientos, frente a la memoria, frente a la soledad;

como si el acto fuera la puesta en práctica de la frase de Emerson de su primera serie de ensayos, de 1841: «Si vivimos de verdad, entonces podemos ser de verdad»;<sup>1</sup> por más que este aprendizaje no fuera un objetivo en sí mismo para el escritor, aunque ciertamente existiera la intención de sugerirlo siempre. Una vida que, como escribirá en el capítulo titulado «Ilusiones» de su libro *La conducta de la vida*, antes que reglas aplicables, es celebración y a la vez «una sucesión de lecciones que deben ser vividas para ser comprendidas. Todo es un acertijo y la clave de un acertijo es otro acertijo».<sup>2</sup>

El que acude a ese edificio sobrio y hermoso de madera oscura, propio de un cuento boscoso de leñadores y hadas, situada a pocos metros de la casa donde Louisa May Alcott concibió a sus *Mujercitas*, antes ha tenido que fijarse inevitablemente en ese capricho arbóreo de la naturaleza, y ese gesto intuitivo, de producirse en los ojos del visitante de hoy en día, hubiera complacido tanto a Thoreau, un hombre para el cual la intuición constituía la «sabiduría primigenia», como a Emerson, pues como explica Mauricio Bach en un libro que selecciona aforismos del autor, «según los postulados del trascendentalismo, la verdad se puede percibir a través de la simple intuición, ya que el ser humano no está separado de Dios, que a su vez está presente en la Naturaleza. Y es que el hombre —como individuo y como miembro de una sociedad—, la naturaleza y Dios son los tres ejes del pensamiento emersoniano, que aborda la interrelación que se establece entre ellos».<sup>3</sup> Visto así, en nosotros, tendría de imponerse siempre, en primer lugar, la otra gran uve, la de la Vida —«Cuanto interesa al lector es la profundidad e intensidad de la vida excitada»,<sup>4</sup> dirá Thoreau en su diario de 1856—, y luego todo aquello que pertenezca al intelecto, a lo que se entiende por cultura.

En toda sociedad moderna se aboga con firmeza por la utilidad y el empoderamiento que implica adquirir conocimientos, pero en su texto «Caminar» Thoreau defiende la opción de una «Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello»;<sup>5</sup> no con el ánimo de privilegiar la ignorancia sino más bien de desenmascarar pedanterías y demás vanidades que

consideren útil esa «pretendida sabiduría» que muchas veces, afirma sin tapujos ni matices, es tan desagradable como inútil. Y una idea análoga podríamos encontrar en las afirmaciones de Emerson respecto a que somos demasiado corteses con los libros —pues a veces unas cuantas frases «áureas» no merecen la lectura de cuatrocientas o quinientas páginas—, a que deberíamos negarnos a aprobar textos canónicos por muy famosos que sean —ya que el Homero de turno tiene que demostrarnos a cada uno de nosotros que es un maestro deleitable o, si no, toda su celebridad no habrá servido de nada—, o a que el lenguaje sería algo que despreciar con solo pararse a contemplar la naturaleza. De hecho, «las palabras no existen como cosas en sí mismas, sino que *representan cosas* que finalmente son más reales que las palabras», tal como explica Robert D. Richardson —en un libro acerca del proceso creativo de Emerson—, que añade algo que estaría en franca sintonía con la trinidad conceptual destacada: «La creación de una obra de literatura imita la creación del mundo, imita la creatividad de Dios o de la naturaleza». La función de la escritura será que cada palabra exprese un concepto, sabiendo elegir los términos, porque, de no ser así, la lengua apenas sería un mero conjunto de emblemas, de símbolos, pese a que Emerson sostenga que «todo lo que puede ser pensado puede ser escrito».<sup>6</sup> Él hizo tal cosa cada día a lo largo de un diario que alcanzó la friolera de ciento ochenta y dos volúmenes durante cincuenta y cinco años.

Dada esta búsqueda en pos de la espontaneidad, que para Emerson constituye la mejor acción, ya que el espíritu siempre acierta —de hecho, ningún libro es bueno si no está escrito con los instintos, apunta—, la persecución del saber, ateniéndonos al caso de Thoreau, es intermitente, como él mismo reconoce, pero su curiosidad es constante. «Lo más alto a lo que podemos aspirar no es al Conocimiento, sino a la Simpatía con la Inteligencia.»<sup>7</sup> ¿No es eso lo preferible?; ¿que la actitud de querer conocer, de adaptarse y evolucionar, esté más latente que el mero hecho de almacenar saberes? Su amigo y mentor Emerson, cuya señorial mansión se encuentra también a poca distancia de la escuela filosófica y del hogar de donde surgie-

ron Jo y sus hermanas a finales de 1860, prorrumpirá en estrados y ensayos señalando —¿culpabilizando?— a la sociedad ignorante e indicando el tesoro que representa el ejercicio de la lectura para lograr, a partir del autodidactismo potencial que proyecta la página escrita, la independencia intelectual. Thoreau, en cambio, apenas disfrutará del aplauso de las intervenciones públicas, y colaborará en un pequeño periódico cuyo editor casi ni le publicará sus escritos. Sin embargo, ambas visiones, una socialmente exitosa y la otra exitosa íntimamente, se complementan: la seria y profesoral del viejo Emerson, escritor de atril; la sencilla y al descubierto de Thoreau, escritor sobre troncos de árboles, bajo las estrellas diurnas de un firmamento sin dioses en el que, no obstante, cabe depositar nuestra fe.

La respuesta a las cuestiones esenciales de la Vida está ahí, en la uve arbolada de ese precioso Concord, todavía hoy porque la naturaleza descrea de las arrugas del tiempo: en lo circundante y natural —en la creación primordial que alecciona silenciosamente a aquel que desee estar atento a sus signos terrestres y celestes—, en el cuarteto de puntos cardinales, en las tres dimensiones, pero al mismo tiempo, como seres pensantes y emocionales, en un quinto punto de la brújula, en la cuarta dimensión que constituyen los libros. A ojos de Thoreau, en cada ser humano tiene que anidar la aspiración de una educación liberal que lleve a vivir sabiamente, esto es, engarzarse con una serie de principios firmes: austeridad y amor por la naturaleza, en donde la lectura constituye un componente esencial, ya que, como escribe en el capítulo «Leer» de *Walden*, «una palabra escrita es la más escogida de las reliquias. Es algo a la vez más íntimo para nosotros y más universal que ninguna otra obra de arte. Es la obra de arte más próxima a la vida». Y completa el pensamiento como sigue: «Puede ser traducida a todas las lenguas, y no solo leída, sino, en realidad, respirada por todo labio humano; no solo ser representada en el lienzo o en el mármol, sino tallada con el aliento de la vida misma».<sup>8</sup>

A su vez, Emerson hablará repetidamente de la educación desde sus conferencias y escritos y, al denunciar la ignorancia

subyacente en la sociedad, pedirá la gestación de una literatura nacional —en una conferencia en Harvard en 1837—, más la necesidad de leer bien, de alcanzar una independencia intelectual, de enseñarse a uno mismo. «Si no he leído nada, siento que mi día ha carecido de sustancia»,<sup>9</sup> le escribió una vez a un amigo. Él era uno de esos lectores voraces e insaciables que parecían posar sus ojos en todo lo que proliferaba en la época, incluyendo revistas culturales y otros tipos de publicaciones heterogéneas; un lector erudito como pocos pero siempre ávido de dejarse sorprender: casi al final de *La conducta de la vida*, afirma: «Yo, que toda mi vida he oído numerosos discursos y debates, leído poemas y libros, conversado con muchos genios, aún soy víctima de cualquier página nueva»;<sup>10</sup> y en un apunte de sus diarios confirma semejante actitud de constante ilusión y aprendizaje: «Cuando leo un buen libro, uno que abre un universo de posibilidades literarias, desearía que nuestra vida durara tres mil años».<sup>11</sup> En aquellos años efervescentes para Estados Unidos, todos serían testigos del poder que podría llegar a tener un libro con el ejemplo mayúsculo de *La cabaña del tío Tom* (1852), de Harriet Beecher Stowe, que se convierte en el libro más vendido de todos los tiempos y, según Emerson, el único «con lectores en el salón, en la habitación de los niños y en la cocina de todos los hogares».<sup>12</sup>

La fuerza de la palabra escrita es total y absoluta para Emerson, que proyecta una nueva forma de leer y escribir en todo un territorio en vías de construcción política, moral y literaria del que es testigo, pues, como dice Javier Alcoriza prologando su traducción de los ensayos emersonianos: «En gran medida, reflexionar, para Emerson, era reflexionar sobre lo que suponía leer y escribir en un país como América: un país que, políticamente, había hecho de las artes de leer y escribir instrumentos de su fundación o descubrimiento y crecimiento».<sup>13</sup> La palabra se hará Vida a través del tiempo gracias a los documentos manuscritos —una profusión inagotable de diarios personales y cartas— que nos han dejado aquellos a los que Carlos Baker, en un memorable estudio biográfico del entorno intelectual de Concord, llama «excéntricos». Cuando Emerson

hizo llegar a la que sería su segunda esposa, Lydia Jackson, su petición de matrimonio, en 1835, «con el lenguaje un tanto engolado y prolijo de la Nueva Inglaterra del siglo XIX», se excusó «por haber escrito la proposición en lugar de decírsela personalmente», ya que «en las “acciones más importantes” de su vida siempre confiaba más en la pluma que en la lengua». No en balde, cuando por aquellas fechas desarrollaba una muy carismática labor como predicador, para sus allegados sin embargo era evidente que en el plano conversacional normal y corriente era habitual, explica Baker, que se viera incapaz de «pronunciar palabra, vacilando a la hora de participar a no ser que fuera para escuchar, en espera de encontrar la palabra justa, la frase reveladora»;<sup>14</sup> siempre leía sus sermones y apenas improvisaba, ni en su etapa como sermoneador como más tarde, a lo largo de las alrededor de millar y medio de conferencias que impartiría hasta que en 1875 sus embarazosos vacíos de memoria le obligaran a abandonar el discurso público.

La palabra, como instrumento para expresar la verdad de la vida, se le antojaría como el reflejo, el conducto de la única ley sagrada: su propia naturaleza, que está más allá de los conceptos de bien y mal, tal como expresa en el ensayo «La confianza en uno mismo» de la primera serie de sus *Ensayos*; el lenguaje no se improvisa como la vida espontánea, sino que obedece a otras efusiones; de forma similar al Thoreau que habla por carta, con su amigo Harrison G. O. Blake, de ese estrecho canal que une ambos elementos y que bien podrían simplificarse en el árbol en forma de V, de A invertida: «Lo que puede expresarse con palabras puede expresarse con nuestra vida». Puesto que es posible, hasta deseable, que las palabras se sustituyan por actos, que *la conducta de la vida* traspase, trascienda el papel; uno *piensa-habla-escrive* mediante sus acciones, no se necesita más ejemplo; por eso, como le dice a su compañero de caminatas, «si quieres convencer a un hombre de que hace algo mal, hazlo bien. Pero no te preocupes en convencerle: los hombres creerán lo que vean; que vean, pues»<sup>15</sup> —idea del todo concomitante a la que Emerson expresa en *Hombres representativos*, acerca del gran servicio que nos pueden dispensar los

grandes genios, cuya sinceridad motivará creerles y por tanto obedecerles—. Porque, a veces, uno tiene que invertir el orden y priorizar la vida antes que la escritura, o buscar experimentar los límites de la primera para que fructifique la segunda, y entonces uno se descubre viviendo a solas durante dos años y dos meses autoimponiéndose un laboratorio de naturaleza y visión, tras recibir un hacha con la que construir una cabaña enfrente de la laguna de Walden, entre docenas, cientos, miles, millones de árboles, en busca de sentir la vida plena, y entonces, uno tenga que poner todo eso por escrito para certificar aquello que se lee en el capítulo «Dónde vivía y para qué», de *Walden*: «Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme solo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido»;<sup>16</sup> lo mismo que el señor Keating, el bienhumorado personaje interpretado por Robin Williams en *El club de los poetas muertos*, les recita a sus alumnos hambrientos de romanticismo y sedientos de transgresión nocturna para recordarles las sesiones poéticas en su juventud entre compañeros de colegio; lo mismo que verá el curioso de Concord siguiendo un sinuoso sendero hasta el borde de la laguna, cuando llegue al trozo de bosque donde vivió Thoreau en un pedazo de naturaleza cedido por Emerson y se encuentre con esas mismas palabras, escritas en una recia madera anclada en la tierra, entre otras marcas rocosas que delimitan el sitio donde levantó su hogar Thoreau, junto a cientos de piedras que se apilan con papeles aprisionados entre ellas: mensajes que le dedican los visitantes. Reliquias póstumas.

¿Habría sido Emerson otro tipo de escritor si hubiera continuado en Boston, donde su madre lo alumbró el 25 de mayo de 1803, y no hubiera optado por Concord para pasar sus cuarenta y siete años de matrimonio, descartando el pueblo de Plymouth, de donde era su mujer, porque en él había *calles* y él necesitaba «una amplia extensión de campo»,<sup>17</sup> tal como le argumentó por carta en los días de 1835 en que estaban buscando una casa que comprar? ¿Habría sido Thoreau la misma persona de haber nacido en el incipiente y ruidoso Manhattan o

en el lejano y populoso Londres al que viajarán Emerson u otros escritores de su entorno? Resulta imposible no relacionar Concord y su laguna y ese árbol *verdadero* —«Tus grandes árboles se arquean sobre estas posesiones de manera protectora y las cubren como una querida presencia»,<sup>18</sup> escribió Henry James en un sentimental y retórico texto dentro de un libro de 1907— y la confianza del escritor naturalista y hacedor de lápices, amén de otras curiosas ocupaciones con las que aprendió la obligada honradez de ganarse el sustento, con los «sentidos», con el tempo al que invita el pueblo a la hora de consagrarse a caminar y a observar el entorno natural; y siempre con la idea de no hipotecar un mañana con esperanzas furtivas, sino con la pretensión de «vivir en el presente, lanzarnos con cada ola, encontrar nuestra eternidad en cada momento»,<sup>19</sup> como escribe en su diario el 24 de abril de 1859.

Tras su larga temporada en la cabaña, de la que hoy existe una réplica exacta (cama, chimenea, escritorio, tres sillas, todo lo cual le costó 28 dólares, como apunta en el primer capítulo de *Walden*, «Economía»), a la entrada del área de la laguna, donde asimismo se erigió una estatua en su honor; tras esos veintiséis meses, el que se autodefinió como «inspector de ventiscas y diluvios» cree más a fondo en los principios que habían ido emergiendo muy pronto en su sobrio corazón: en la simplicidad y la autoconfianza, en la bondad como la mejor inversión, en el hecho de eliminar las necesidades autoimpuestas y vivir libre, cual «hijo de la niebla» (expresión tomada de su texto «Caminar»).

Emerson asentaría desde su otro tipo de libertad, el de elegir tener esposa e hijos, el de elegir cuidar de su madre viuda y sus hermanos —sobrevivieron a la infancia cinco de ocho; uno de ellos pasó temporadas en un asilo para enfermos mentales y el otro murió de tuberculosis a los veintinueve años—, el de elegir también Concord como su edén reflexivo y vivencial, desde que se instalara con su madre en su Vieja Rectoría en octubre de 1834. Esta percepción sería recíproca, pues como dijo la pintora trascendentalista Sophia Peabody, esposa de Nathaniel Hawthorne, «Concord estaba magnetizado por la presencia de Emerson»,<sup>20</sup> tal como apunta Baker, cuan-

do el matrimonio Hawthorne se estaba trasladando a esa misma casa parroquial en 1842 en la que Emerson había escrito su primer libro, *Naturaleza*. En el texto antes referido, Henry James hijo —pues hay que distinguir entre el narrador y su padre, con el mismo nombre y amigo de Emerson, que considerará a aquel como a otro hijo— se dirige así a Concord: «Vamos, eres el mayor de los pequeños lugares de América; solo Nueva York, Boston y Chicago, por lo que advierto, han de superarte, y el país es, en efecto, afortunado por contar contigo, en tu sola y sencilla felicidad». Lo hacía en su libro *The American Scene* (1907), reunión de diversos artículos que habían aparecido en tres revistas durante los dos años anteriores y que eran producto de un gran viaje que había hecho por todo el país para realizar lecturas públicas: «Me vi, una vez allí, buscando la mejor manera de expresarlo, y luego no dudaría en decir que, aparte de las tres o cuatro ciudades mayores, Concord, Massachusetts, tenía una identidad más palpable para el espíritu, en otras palabras, que había anidado con más fortuna bajo el estrecho pliegue del manto de la historia, que ninguna otra ciudad americana».<sup>21</sup>

Al fin y al cabo, Concord y sus alrededores formulan la visión de la vida y la configuración de la escritura en Thoreau, enmarcan con su paisaje natural e intelectual las meditaciones sobre la conducta de un Emerson que primero teoriza en su diario, convierte sus ideas en conferencias y acaba por darles forma de ensayo para publicar. En este sentido, ¿hasta qué punto influyeron en su visión de las cosas, al Thoreau que publica *Walden* en 1854, después de siete años de escritura y revisiones, las dos series de los *Ensayos* de Emerson, padre de la religión secular norteamericana, pastor de la confianza en uno mismo, como no se cansó de repetir Harold Bloom, y *amigo* de su propia alma, como se desprende de muchas de sus prosas, aparecidas en 1841 y 1844? Aún quedan unos meses para la primera edición de *Hojas de hierba*, que Walt Whitman costea y da a la imprenta en 1855, en Brooklyn.

Ahí los tenemos: tres espíritus libres y de voz poderosa van a mojarse, en un tramo de pocos años, en el mismo río, el de la

inmediatez que nos regala el ahora. Apunta Edward Carpenter, un escritor y activista social británico que acudió en dos ocasiones a Filadelfia para ver a Whitman, que este transmitía «la fe de que hay que disfrutar del presente, que confiere color y vida a los mil y un detalles secos de la existencia».<sup>22</sup> Emerson, proyectado tanto en sus páginas diarias como en conferencias tan sonadas como la del 15 de julio de 1838, en la Divinity Chapel de la Harvard Divinity School, pide al hombre, ya, ¿por qué esperar?, que se mire como persona excepcional que es siempre, que reniegue de la Iglesia, a su juicio una institución en exceso formalista, y mire a los ojos a Dios, sin miedo; que mire a su alma y por sí mismo distinga el bien del mal. Y ni que decir tiene que Thoreau llevará a cabo cada uno de esos gestos *inmediatos*: el de solamente valorar, calibrar, validar el hoy en el aquí, y el de mirar de cara la Creación en busca de las respuestas que den sentido a la vida. Hay que elegir este mismo instante como la posibilidad de sentirnos en la eternidad, ya que el pasado se convierte en recuerdo y el futuro no es más que una anticipación. «¡Ahora o nunca!», exclama, y tan pronto vive con intensidad lo que observa y respira como lo que los libros tienen a bien enseñarle. Para una vida plena es preciso reconocerse siendo lo que se es, ambicionar la simplicidad absoluta en todo, y —en consejo por carta a Blake—, sobre todo, *ser* para algo, sin ingenuidades ni sentimentalismos: no ser moral simplemente, sino estar por encima de la moralidad para no hacerse trampas a uno mismo; ser bueno simple e inconscientemente, pues la caridad consciente es hipócrita. Thoreau se proyecta con un pragmatismo ético alejado de la contemplación pasiva, del mero postureo bondadoso. Confía más en hacer el bien que en pregonarlo, como un escultor que en silencio se esculpe a sí mismo sabiendo que la integridad de su alma queda blindada por la piedra cincelada de alrededor; confía en amar lo que uno lleva a cabo, y hacerlo con plena confianza, como el árbol que busca en cada altura la atmósfera adecuada para él, con la luz con la que se disponga sin pretender una mayor: «Todo ser humano debería representar esta fuerza irresistible»,<sup>23</sup> concluye.

Carpenter cuenta en sus *Días con Walt Whitman* que lanzó una piedra a la laguna de Walden como homenaje a Thoreau, y hoy, junto al «Site of Thoreau's Cabin», como reza una inscripción, y junto al cordón hecho de cadenas y piedras con el que se indica la ubicación en la que estuvo la casa original, se puede intentar poner en práctica el modo en que el escritor aprendió a escuchar y a sentir lo que le rodeaba, mientras se observa la quietud del agua y la arboleda, esas «ciudades naturales», como llama a los bosques en «Un paseo invernal». «Nos detenemos entre los pinos —bajo una luz parpadeante y desigual que se abre paso con dificultad en este dédalo— y nos preguntamos si las ciudades habrán oído alguna vez su sencilla historia»,<sup>24</sup> prosigue en ese delicioso texto, donde equipara el mundo natural y el placer más inigualable, haciendo que respandezcan al caminar —sobre la nieve, por ejemplo—, el pensamiento y los sentidos. Whitman, en sus breves pero enjundiosos escritos sobre su visita a Concord para visitar a Emerson —llegado desde Boston, unos cuarenta minutos en vapor, detalla—, se recreará en el paisaje de la localidad que había sido la quintaesencia de la simplicidad y la pureza para Thoreau: sus viejos nogales y olmos, el río, los prados, las laderas de las colinas, todo lo cual está presidido por «el cielo y la paz, que se expanden en todas direcciones, [que] me llenan de calma». Thoreau podría haber firmado esas frases, y en cierto sentido las *firmó*, pese a llevar muerto casi veinte años, y *estuvo* en aquella visita de Whitman, porque se leyeron sus cartas en casa de Emerson y se conversó sobre él extensamente, con A. B. Alcott y su hija Louisa, especifica el poeta, que además visitó las tumbas de Hawthorne y Thoreau, «el uno muy cerca del otro en un agradable rincón arbolado situado en lo alto de la colina del cementerio, Sleepy Hollow».

Whitman acaba diciendo que no le «será fácil olvidar los viajes hechos por Concord»;<sup>25</sup> y ciertamente cómo no tener en el recuerdo el paseo, por siempre trascendente para uno, de deambular por Walden Pond, y no coincidir en apreciar, como se lee en «Un viaje invernal», que reina allí «una salud y una esperanza muy alejadas de los pueblos y las ciudades. En la

profundidad del bosque, completamente solos, mientras el viento sacude la nieve de los árboles y dejamos atrás los últimos rastros humanos, nuestras reflexiones adquieren una riqueza y variedad muy superiores a las que ostentan cuando estamos inmersos en la vida de las ciudades».<sup>26</sup> Y Emerson, en el primer capítulo de *Hombres representativos*, pone el acento en que «cada hombre está vinculado, por un vínculo secreto, a un distrito de la naturaleza, del que es agente e intérprete. [...] El hombre es un centro para la naturaleza y extiende hilos de relaciones a través de todas las cosas, fluidas y sólidas, materiales y elementales».<sup>27</sup>

Relaciones espirituales, amorosas, de amistad, como se verá enseguida, en ese pueblo de Massachusetts, la versión más agradable hoy de la *american way of life*, con sus bellas casas, adornadas con impolutas canastas de baloncesto, brillante césped y la sempiterna bandera estrellada del país; un lugar ideal que conserva el ambiente de placidez y culto a sus escritores que atraerían a cualquier otro inspector de lluvias y vientos del siglo XXI. Así, uno se acerca a la citada rectoría, la llamada Old Manse, y una señora mayor guía a los visitantes a través de salas y plantas diversas en las que también, curiosamente, estuvo Emerson: tratarían de compartir ambos escritores, quién sabe por qué, una pequeña habitación, pero se dice que se distraían demasiado estando juntos y acabarían trabajando en lugares distintos. Sin duda, sería un lugar bien confortable, un primer piso desde donde se podía ver la entrada de la finca por la ventana frontal, pero en verdad, cómo podrían concentrarse cada uno en sus escritos, cada uno inclinado en su escritorio. Thoreau, por su parte, escribiría de pie, considerando la altura de su atril en la réplica de su casa del bosque, bastante bajo; y todo parece indicar que Hawthorne dispondría una silla enfrente de una pequeña mesa, empotrada e inclinada, también a modo de atril, de espaldas a una pared en la que una estantería mostraba obras poco reconocibles a día de hoy para nosotros, siendo tal vez lo más destacado de ella las poesías del escocés Robert Burns.

En «la antigua Manse» también estuvo Whitman, pero, explica, lo que no le resultó posible fue entrar en la Escuela de

Filosofía, cerrada el día de su visita —¿vería, estarían ya los árboles siameses formando la uve mágica?—, cuando regresaba de hacer su particular homenaje al anacoreta libresco más cercano a nuestros sentimientos: «El lugar boscoso en que Thoreau tuvo su casa solitaria está cubierto de piedras. También yo busqué una y fui a depositarla encima».<sup>28</sup> En algún lugar de Walden Pond, perdida entre millones de pedruscos más, labrados solo por el paso del tiempo y su madre Naturaleza, está ayer, hoy, mañana, la piedra que colocó Whitman, también la piedra que echó al lago Carpenter, la piedra que uno mismo acompañó de un mensaje en un pedazo de papel. Cada una de, como decíamos antes, esas reliquias es una palabra que habla un lenguaje invisible y mudo que hay que saber escuchar y leer; tal vez intentándolo, consigamos averiguar *los hechos esenciales de la vida*, o *aprender lo que la vida tenía que enseñar*, y descubramos, al morir, que sí, sí vivimos.